

YO, KARLES

Sergi Allepuz Giral

Siempre quise titular la historia de mi vida así: *Yo, Karles*, como aquella vieja teleserie de romanos. El protagonista tartamudeaba y era feo pero más listo que el hambre, y es que una cosa no quita la otra. Mírame a mí: esquizofrénico paranoide, diabético, alcohólico, y ¡aquí estoy! En esta vida te ponen etiquetas sin pedirlas y si llegas pronto al reparto te ponen tres, como a mí. Además, se veían tetas. En *Yo, Claudio*, digo. Y eso es muy de agradecer en la adolescencia. Pero me desvío... Te hablaba del anarquismo, ¿no? Pues eso, ¡nos tienen engañados como a chinos! Toda la puta vida trabajando por cuatro duros. Como mi padre: dándolo todo por la empresa, el obrero perfecto y todo ese rollo capitalista y burgués. Pero cuando se quiso jubilar, el jefe había olvidado cotizar por él. ¿Despistado? Pues no, más bien hijo de puta. ¡Y el Estado? Más de lo mismo, pero encima subvencionado por la clase obrera. ¡Anarquismo o muerte, amiga! Bueno, te dejo tranquila porque no me estás haciendo ni caso. ¡Salud! Me llamo Karles. Sí, Karles, con K. ¡Y tú? Eres muda, ¿no? ¡Por lo menos podrías decirme adiós!

Queridas sombras que leéis mi historia, el paraíso no está en Hawai. El edén se esconde en el centro de cualquier gran ciudad. Allí yo soy feliz. Entre asfalto, marabuntas humanas y semáforos, persigo almas y explico mi vida a orejas indiferentes. Como el anterior monólogo de ciento noventa y cuatro palabras de este magnífico relato. Los demás peatones observarán de reojo la escena. Sonreirán, susurrarán: “Menudo *pirao*”, y pensarán lo mismo que el público cuando el lanzador de cuchillos pide un voluntario entre los espectadores: “Que no me toque a mí, por Dios...”.

En mi pueblo, la República Independiente de Hospitalet de Llobregat, esto es distinto. Nos conocemos demasiado, y sin el factor anonimato se pierde el elemento sorpresa, tan necesario para mis mítinges imprevistos. En Hospitalet la víctima se da media vuelta nada más acercarme a su oreja y me obsequia con la bofetada de mi vida. Como broche de oro, amenaza con contarle a mi madre el incidente y eso, amigos y amigas, son palabras mayores. Mi santa particular, la Remei, no está para más disgustos, que ya la tengo servida desde hace años....



Primer Premio del

I Concurso de Relatos Breves AEN.

En la plaza de Cataluña de Barcelona soy un desconocido más y a nadie le molesta la locura que destroza mi vida. Sí, la destroza, sí... no lo neguéis para consolarme. Paso de estar como una cabra a veces, a estar cuerdo otras, para darme cuenta de mi enfermedad y el sufrimiento que ésta crea a mi alrededor. Además, si mi cabeza es de mercadillo de segunda mano, mi cuerpo tampoco es ninguna ganga que digamos... con mi diabetes agravada por el tabaquismo y mi querencia por las cervecitas de barril bien frías, voy a tumba abierta hacia la diálisis.

Un día, en la plaza de Cataluña, andaba vestido de gala, es decir, con chaqueta y pantalones vaqueros, camiseta negra de manga muy corta al estilo Trávolta en *Grease* y un enorme pañuelo rojo atado a la cabeza al modo pirata. Había fumado algún porrito, me sentía guapo y andaba muy roquero, contoneándome pomposamente como un pavo real. Pues bien, allí, en la plaza, se rompió mi anonimato y oí mi nombre. Era mi primo “el escritorcito”, llamándome desde la terraza de una famosa cafetería. Hacía años que no le veía y se acercó sonriente a saludarme, lo que es de agradecer ya que otros parientes me evitan, pensando que no me doy ni cuenta... Además, tengo que soportar el paripé cuando a ellos no les queda más remedio que tratar conmigo y entonces me hablan como si fuese imbécil. Pero en fin, colegas, estábamos con el escritorcito. Ese encuentro fue la prueba del nueve de mi muerte social. Él, con su traje, su corbata y su rebosante salud, me contó que tenía novia formal y que se casarían el año próximo. Me mandaría la invitación más adelante y, resumiendo, hubo lo que toca en estos encuentros: felicitaciones; enhorabuenas; besos; dos cervezas en la terraza; el primo que me gorrea dos cigarrillos rubios; “Qué mala cara tienes, Karles”; “Es por la diabetes, pero no te preocupes que estoy bien”; bromas fáciles; risas sanas y recuerdos con besos para todos.

Alucinante la película que se proyectó en mi cabeza al despedirnos.... ¡Menudo bajón! Yo haciendo el gamba como un quinceañero en mitad de la plaza y el puto primito con boda en cierres. ¡Pero si lo acompañé a echar la carta a los Reyes Magos hace cuatro días! Mierda de vida....

¡No me han dejado hacerme mayor! Os lo juro, yo lo intenté pero no me dejaron pasar de una solitaria y eterna adolescencia. Bajo al bar y bebo solo o, en el mejor de los casos, invito a desconocidos que se aprovechan de mi necesidad de compañía y, a pesar de que van cayendo las rondas, ellos jamás sacan su puto monedero del bolsillo. ¡Ni me acompañan a casa cuando me ven jodido! Los muy cabrones.... Deambulo solo por el metro mientras canturreo canciones que ningún joven de hoy en día conoce; vomito solo, sin que ningún colega me sujete la frente y, ¿cómo no?, duermo solo en la misma cama que cuando era niño, rodeado de los mismos muebles y los mismos discos que me han visto crecer en la casa de mis padres. Pero, aunque no lo creáis, lo mío es moverme. Cambiar de lugar. El único elemento fijo es mi eterno domicilio familiar. Vago y pienso en

mis cosas, desde la Avenida del Carrilet hasta el ombligo de esa gran puta que es Barcelona. Siempre maquillada como el culo de un mono; tan abierta de piernas y tan disponible –sólo a primeros de mes– para una cartera llena de billetitos recién cobrados de la pensión de invalidez. ¿Cuál ha sido mi pecado? No tengo ni idea, compañeros y compañeras. Quizás haber sido buena persona, o demasiado sensible, o el rollo de la serotonina en el cerebro, o haber tomado drogas, o la puta mili en caballería, amigos... ¿A quién le importa ya, a estas alturas?

Por eso se lo dije a mi primo, el escritorcillo. No ese mismo día en la plaza sino meses después, cuando vino a casa de mis padres para presentarnos a su novia. Mientras su chica tomaba café en el comedor con mis viejos, a él le solté el discurso: “Me dais envidia cada uno de los primos hermanos. Por todo, colega. Me explico, ¡sois unos cabrones! Sí, sí que lo sois. Por tener vuestras vidas, vuestros trabajos, vuestras parejas y vuestros proyectos. ¿Qué piensas que espero yo de la vida? Ni puta idea, ¿verdad? Pues eso me pasa a mí, que tampoco tengo ni puta idea y es mi propia vida. Únicamente sé que estaré solo, dándole la brasa a los papás. Me alegro por vosotros de todo corazón, te lo juro, pero con la misma sinceridad te digo que os mataría de la rabia que me dais”.

Él sonrió. No podía hacer otra cosa porque sabía que yo tenía razón y, además, respecto a lo de “os mataría”, el escribano bien sabía que yo jamás mataría ni a una mosca cojonera, ya que un pacifismo radical y convencido camina de la mano de mi anarquismo visceral, complementándolo de una peculiar manera que sólo yo entiendo.

Los novios me regalaron dos figuritas de barro pintadas a mano y mi primo se fumó, como el día de la plaza de Cataluña en aquella cafetería, un par de mis pitillos rubios. “¡¿Es que sólo los locos compramos tabaco?!”, le pregunté yo. Y ya de paso, os pregunto a vosotros: ¿creéis que dos baturros de barro pintados a mano son el mejor regalo para un cuarentón zumbado y con alucinaciones? Lo dudo, pero, aunque mi primer impulso fue tirarlos por la ventana, los primos se iban a ir a vivir a Zaragoza y me los habían regalado con cariño para que tuviese un recuerdo de ellos. Así que allí están las figuritas sobre la cómoda de mi habitación, sonriendo y mirándome fijamente, como el muñeco de aquella peli, *Chucky*, que daba un miedo de cagarse.

El escritorcito, antes de marchar, me pidió que le enseñara a tocar algo al piano y, como soy muy blando, le enseñé una muy fácil de Los Beatles que habla de una parejita que empieza una vida en común como la que él iba a comenzar. Sí, amigos, *Obladí Obladá*, lo habéis adivinado. También le enseñé, por el mismo módico precio, un par de jingles de anuncios de la tele: la canción del Cola-Cao –aquella de *Yo soy aquel negrito del África tropical...*– y la del Martini –*Dónde estés y a la hora que estés, un Martini te invita a vivir...*–. Para algo me tenía que servir tanto sobresaliente en las clases de piano del liceo.

¿La novia de mi primo? Encantadora. La estuve escuchando hablar un buen rato, ya que él es de esas personas parcias en palabras que se te quedan mirando sonrientes pero esperando a que lleves tú la conversación y, amigos y amigas, os juro que hay días que no me apetece hablar de nada en absoluto, por lo que la verborrea de mi prima política me vino de perlas. Los días en que no hablo son días malos. Me encierro en mi cuarto subiéndome por las paredes, fumando porritos y poniendo la música a todo volumen. ¿Qué no debería fumar porros? Lo sé. Pero esos días soy muy cabrón, lo reconozco, sólo me aguantan mis padres y ¡a duras penas! No atiendo a nadie y mis viejos sufren mucho con mi actitud. No tomo las medicinas, no como, pero, ¿cómo le explicas a tu madre, que te llama preocupada desde la puerta de tu habitación, que te quieres morir de una puta vez? Porque sí, porque te sientes como una mierda y, además, piensas que ellos estarán mejor cuando te hayas ido. Así que se lo largas tal cual, sin adornos, y mamá llora. Supones que alguna vez, en pleno agotamiento, ella ha pensado lo mismo que le acabas de decir y se siente fatal por ello. Se siente fatal por ser humana.

Para no oírla llorar, subes el volumen de la música, das puñetazos a las paredes y aparece un vecino quejándose con razón, y tu padre trata de calmarle y explicarle la situación una vez más. Finalmente has conseguido convertir en una mierda otro día de la vida de la gente que más te quiere y a la que tú quieras con locura, con toda tu puta locura.

Esperé el día de la boda de mi primo como espero todos los acontecimientos importantes de mi vida: bebiendo cervezas en el bar de debajo de casa y viajando en busca de aventuras a la plaza de Cataluña de Barcelona. A lo mejor, durante la espera, conseguía mi sueño y reventaba de una vez sin tener que comparecer en público para que mis tíos y primos cuchicheasen sobre mi aspecto: “¡Con lo guapísimo que era de pequeño!”. Porque, amigos, no os equivoquéis, yo era guapo. Como un niño Jesús. Aún ahora, con mi carita hinchada por los medicamentos y mis ojitos vidriosos y tristones, tengo mis días sexys.

No reventé durante la espera, a pesar del enésimo ataque de hipoglucemia que me llevó a urgencias, otra vez... Fui a la boda relleno de pastillas, maqueado de ejecutivo y cumpliendo como el primo mayor que soy.

Yo también tuve un amor, y no me refiero a sexo o un ligue ocasional, porque de esos tuve muchos, ¡joder!, que viví los setenta y toqué en un grupo de rock y todo ese rollo. Ella tocaba el saxofón, tenía el pelo largo y castaño y preciosos ojos de color canela. Nos llevábamos bien, hasta que me dejó tirado. Lo mismo hicieron los restantes amigos que solía tener. Algunos se fueron bajo tierra, por las drogas y eso... Otros no tengo ni puta idea de dónde se fueron, ni me importa ya, simplemente desertaron del barco como ratas. Por eso soy anarquista convencido y radical: si tu amor y los amigos te abandonan o se mueren -que viene siendo lo mismo, lo mires como lo mires- y la familia que te adora te regala baturros

de barro, ¿qué no hará un gobierno al que no le importas una mierda para joderte? Anarquismo o muerte, amigos, no lo dudéis.

Al vecino chivato también le traté de contar lo del anarquismo. ¿Qué vecino? ¡Ese! ¡El chivato! Parece que no escucháis, compañeros y compañeras... El muy *tolai* cuando descubrió que le tomaba prestada su moto del garaje -sin permiso y desde hacía varios meses- todos los días para ir a trabajar, se puso como un energúmeno. Eso fue siglos antes de que me diagnosticasen la esquizofrenia. Por aquel entonces yo tenía el pelo largo y sin canas y pensaba en mi futuro con alegría, esperanza, proyectos... El plan era perfecto, pero ese gilipollas no lo entendió y terminó por denunciarme a la policía. Y eso que yo le echaba gasolina de vez en cuando para compartir gastos... A partir de ese suceso y otros parecidos, mis padres empezaron a asumir que tenía algún problemilla.

Pero la cosa fue a peor. Como aquella vez que me subí por las estanterías del comedor como si escalase una montaña e iba tirando por el suelo todo lo que pillaba. Mis padres gritaban: “¡Bájate de ahí, Karles!”, pero que si quieres arroz... Pues bien, grité, insulté, amenacé... ¡Pero no era yo! Era la esquizofrenia. Yo, en realidad, me parezco más al niño del pelo largo que toca canciones de Lluis Llach al piano que a ese ogro canoso y zumbado que aparece a veces y al que yo mismo desconozco.

A raíz de sucesos como el anterior y otros me ingresaron en el psiquiátrico varias veces y, amigo, allí sí que te *empastillan*, pero bien. Y de cervecitas, nada de nada.

Otra vez convencí a mis padres para que me compraran un cochecito y resolvieran el asunto de mi locomoción. No soportaban verme deprimido y accedieron a colaborar en la adquisición de uno de esos ciclomotores de cuatro ruedecitas, con sus puertecitas y sus lucecitas.... Duró poco, el pobre. “¡Los locos de los cojones no deberíais conducir!” . Y es que el repartidor de muebles debía de ser licenciado en psiquiatría. ¡Me diagnosticó en segundos el muy jodido! Yo lo embestí al saltarme un semáforo en rojo, eso puedo reconocerlo. Pero, amigos, mi *buga* se desintegró en átomos en un segundo de distracción. ¡Yo era quien debía estar enfadado por mi mala suerte y no él! Aguanté el chaparrón como el campeón que soy y regresé al metro derrotado y cabizbajo, al metro que, por otro lado, jamás debí abandonar. Por supuesto, la Remei y el Rafel me perdonaron esta y mil absurdades más. El día que pueda, en otra vida, les haré un monumento para compensarles por el mal que les he dado. Pero me temo que no será hoy, ni mañana.

Al otro día del accidente -el de mi cochecito-, la línea cinco del metro me dio la bienvenida como un padre saluda a su hijo pródigo. Yo, agradecido, recorrió con paso firme sus largos túneles, acaricié con los dedos las baldosas blancas de sus paredes, a la vez que aspiraba ese aire espeso y caliente que siempre huele a currante, a estudiante, a turista mochilero, a *perroflauta* y, ¿cómo no?, a loco.

Tarareaba la canción *Avenida de la Luz*, dedicada al proyecto fallido de ciudad subterránea que nació y murió en estos mismos túneles del centro de Barcelona y que tanto me recuerda a la historia de mi vida, también subterránea y algo fallida. Cuando Loquillo grita *¡Estás solo, date cuenta!* o eso de *¡Tus problemas no importan a nadie!* se me ponen los pelos como escarpias.

Por fin, salí a la plaza de Cataluña surfeando sobre las olas plateadas de la escalera mecánica que une las tripas enterradas y mal ventiladas de la ciudad con su carita turística y bien maquillada del centro histórico. Y allí, desde el mismísimo centro de la plaza, vi gente con maletín y mucha prisa que no tenía ni idea de anarquismo; mimos sonrientes de cara blanca siguiendo a peatones para regocijo de mirones; niños persiguiendo palomas, armados con migas de pan; grupos musicales callejeros homenajeando a grandes bandas de los setenta... y de fondo también vi la roja fachada de una innombrable hamburguesería yanqui que no voy a publicitar aquí, en tan excuso y brillante relato sobre un servidor de ustedes. Supe que había llegado a mi casa una vez más: la casa de los chiflados anónimos.

Seguí a los simpáticos hare krisna que pasaban por allí regalando unos pastelitos deliciosos. A cambio sólo me pedían cantar con ellos aquello del “*Hare, hare Krisna, Krisna hare, hare rama!*”. Así que entoné el himno a todo pulmón. Cogía pastelitos a dos manos sin parar y, al llegar a la altura de la estatua de Colón, me di por almorzado. “*¡Salud!*”, me despedí de mis nuevos amigos y les regalé una de mis sonrisas sinceras. Pero ¿sabéis qué me emociona de verdad, amigos y amigas? Las Navidades. Son fechas muy importantes para mí. Por las reuniones familiares, tan imprescindibles para los que nos sentimos solos el resto del año. También por ver la cara de felicidad de mis dos sobrinos -ellos son lo más parecido a hijos que nunca tendré y por eso los adoro-, o quizás por tener la ocasión de hacer rabiar a mi hermana Nuria en la mesa, como cuando éramos pequeños y yo ni estaba loco ni tenía diabetes.

El mejor presente que yo podría hacer a todos en Navidad sería no montar ninguno de mis numeritos durante todas las fiestas. Mi familia estaría orgullosa de mí y, la familia -como bien sabemos los locos crónicos-, suele ser como Rexona: la única que no te abandona. ¿Por qué? ¡Porque no puede! Ya lo dice la Remei: “Te toca la familia que te toca y te tienes que aguantar toda la vida”.

Estos últimos años están siendo muy duros. Mis disparates con la bebida han agravado mi diabetes y tres décadas de medicación me han frito el hígado, el estómago, el páncreas... La esquizofrenia, sin embargo, sigue igual. Tiene una salud de hierro, la hija de puta. Ni mejora ni empeora. Es mi eterna compañera. Sin embargo, mis riñones no funcionan. Estoy con la mierda de la diálisis. Me he hinchado como un globo, me encuentro fatal y no quiero que nadie me vea así. La última vez que mi primo, el escritorcete, vino con su familia a verme no salí de mi habitación. Fue en Collbató, muy cerca de Montserrat, que es una montaña

que he subido mil veces andando y escalando con amigos, o con mis padres, y por la que ahora no puedo apenas ni pasear sin asfixiarme por el esfuerzo. ¡Que se joda! Me refiero a mi primo, por lo de no salir de mi habitación. Son privilegios que tenemos los locos y los anarquistas y no debemos perderlos. Nosotros no tenemos por qué ceñirnos a las convenciones sociales. ¿No nos mandó la estirada sociedad a tomar por saco tanto tiempo atrás? ¡Pues ahora que no espere que acatemos sus normas!

Ya no puedo apenas andar ni ir en metro en busca de emociones por el centro. Rafel me cuida con paciencia infinita y yo no se lo agradezco nunca. ¡Joder!, ¡si hasta me da masajes en los pies, el pobre! Dependo más de mis viejos que cuando era un bebé. Hoy he ingresado para mi última diálisis. Sé que será la última desde antes de ir. Llegan los problemas al poco de ingresar y no me dejan volver a casa. No sé cuánto tiempo pasa. Supongo que llevo varios días aquí. Padres, hermana, tíos... rondan todos por la habitación. Cuchichean, me ponen buena cara, yo le pido un porro a la enfermera y ella sonríe picarona. “Esto no te entra en la Seguridad Social, Carlitos”, me suelta la muy insolidaria.

Supongo que se acerca el anhelado final. Es noche cerrada, pero jamás vi tan claro. Me asaltan recuerdos que se reflejan en la bolsa del gotero como en una improvisada pantalla de cine. Tartas blancas de cumpleaños, compartidas con mis primos en fiestas familiares; roscones de Reyes con diminutas sorpresas de porcelana que, por obra de la Remei, siempre nos salían a mi hermana o a mí como valiosos tesoros envueltos en papel de aluminio; imágenes de juegos infantiles con mis compañeros en el recreo del colegio; villancicos de Navidad cantados a cambio de propinas de padres y abuelos; días de playa en la Costa Brava con amigos, tostándonos la piel sin cremas protectoras, que eso era cosa de nenas; excursiones a montañas nevadas con mis padres, durmiendo en refugios y albergues; peleas y reconciliaciones con mi hermana; banquetes de comunión con mis sobrinos Oriol y Laia vestidos de manera impecable y... ¡tantos otros recuerdos hermosos! Resuelvo que, a veces, he sido feliz y no puedo evitar sonreír en un momento tan serio y es que... soy muy raro para todo, aunque creo que será bueno reírse del tío feo de la guadaña.

Es el día ocho del mes seis del año dos mil ocho después de Cristo. Tengo cuarenta y ocho tacos y quince días. Quiero descansar de una puta vez. No quiero más dolor, ya he sufrido bastante. Por cierto, si hay un cielo para los locos anarquistas y otro para los diabéticos crónicos, ¿a cuál voy? Al que no haya diálisis, por supuesto.

Cuerdos del mundo, un consejo os doy: ¡compraos tabaco de una puta vez! Porque el menda ya no compra ni un paquete más. Y si algún día mi primo, el escritor gorrón de cigarrillos rubios, me comprende, describirá mi vida como un prometedor proyecto de vida adulta, inacabado por la locura, la diabetes, el alcoholismo y la mala suerte. Mi muerte que la describa como el descanso de mis

seres queridos y la paz de mi maltrecho cuerpo. Si el pobre no me comprende... bueno, pues que lo haga lo mejor que pueda y que se equivoque en los hechos todo lo que haga falta, como yo lo he hecho toda mi vida. Pero, sobre todo, que me recuerde unos segundos cada día y no deje de hablar de mí, porque así, de alguna manera, estaré aquí con todos vosotros. Que hable de Karles, ni más ni menos. Una buena persona que no encontró su sitio en este perro mundo pero que jamás hizo daño a nadie a propósito, y eso ya es mucho decir en estos tiempos tan locos.

Así que ya lo sabéis, colegas, ¡anarquismo o muerte! Hoy toca muerte, y yo, como comprenderéis, no tengo ni humor ni cuerpo para salir huyendo, así que, amigos y amigas: ¡salud! Y nos vemos en el cielo.